

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Inventos capitales.—Caida del imperio de Oriente.—Constitucion de los reinos de Europa.—El gran cisma.—
Desarrollo del comercio.—Renacimiento de las letras y de las artes.

CAPÍTULO PRIMERO

LA IMPRENTA, LA PÓLVORA Y OTROS INVENTOS.

El siglo en que entramos se señaló por inventos, que introducidos ó propagados entonces, cambiaron la faz del mundo. Diferiremos hablar de la brújula para el libro siguiente, y aquí nos ocuparemos sólo en hacer mención de la imprenta y de la pólvora; debiendo recordar desde el principio que todos los inventos han tenido precursores, excepto el de los logaritmos.

Escribían los antiguos sobre cuero, en hojas de palmera, ó en el *liber*, es decir, en la segunda corteza de los árboles: más tarde se preparó papel, ora con las fibras del papiro, caña peculiar de Egipto, ora con la piel de la oveja, que se llamó *pergamino*, porque este invento tuvo lugar ó se perfeccionó en Pérgamo. Allí se trazaban los caracteres con puntas de caña aguzadas y mojadas en tinta; los hechos más importantes eran grabados en piedra, en madera, en metales (1). Para los

usos cotidianos se servían de tabillas enceradas, sobre las cuales se trazaban las letras con un estilo aguzado, y cuyo extremo obtuso servía para borrar lo señalado. No se escribía en las hojas del papiro ó del pergamino más que por un lado, y en seguida se pegaban una á otra hasta que el libro estaba completo. Después se hacía un rollo (*volúmen*) que se prendía con un boton. Julio César es el primero que escribió al senado cartas por los dos lados del pergamino, y propagó el uso de plegarlo á la manera de nuestros libros (2).

Pulir las hojas con marfil, perfumarlas con aceite de cedro, iluminar y dorar las iniciales, la cubierta, los cortes y los broches, era el oficio de los esclavos, libreros ó gramáticos, de los cuales todo hombre rico tenía uno á su servicio por lo menos: otros lo ejecutaban libremente para venderlos.

Todo esto se hacía á la mano, y como á los er-

(1) Tácito (*Anales*, IV, 43) habla de un monumento histórico de los mesenios, anterior á la guerra de Peloponeso, escrito sobre una lámina de bronce. Censorino (*De die natali*, XXVIII) menciona actas públicas de los etruscos anteriores en mil y quinientos años á Jesucristo. Moisés de Corene (libro I, II), habla de columnas donde los antiguos reyes habían escrito las leyes, los tratados, los impuestos. Las superficies de las pirámides, las paredes de los palacios y de los sepulcros sirvieron como de páginas á los egipcios. Job (XIX, 24) deseaba que sus palabras fuesen trazadas sobre la piedra y el plomo. Los recientes descubrimientos multiplican los antiquísimos monumentos escritos.

(2) LAMBINET, *Historia de la imprenta*.
PANZER, *Annales typographici*.
SANTANDER, *Dicc. bibliog. del siglo XV*.
DIBDIN, *Antigüedades tipográficas*.
CHEVILLIER, *Origen de la imprenta de Paris*.
PEIGNOT, *Historia de la vitela y del pergamino. Descripción de las bibliotecas del siglo III*.
POUIOULAT, *Indagaciones sobre la conservacion de los autores profanos en la Edad Media*.
GERAUD, *Ensayo sobre los libros de la antigüedad, particularmente entre los romanos*.
DE VRIES, *Aclaraciones sobre la historia del invento de la imprenta*.

ros inevitables se juntaban aquellas variaciones caprichosas y casi instintivas que cada cual introduce en lo que copia, venían á ser los manuscritos sumamente incorrectos y diferentes. Aquellos que anhelaban poseer un texto verdaderamente castigado, lo trascibían por su propia mano, como lo hicieron algunos pocos gramáticos diligentísimos, ó algún doctor de la Iglesia, lo cual dió gran valor á ciertas ediciones de Homero y de la Biblia.

Escasez de libros.—Con el cristianismo el arte de la escritura pasó de los esclavos á los monjes, á consecuencia de la necesidad en que se encontraron de propagar los escritos, las discusiones y las homilias. Constantinopla, las islas del mar Egeo, el monte Atos, vinieron á ser otros tantos talleres de libros. San Benito impuso por obligación á los religiosos de su orden el copiar: también se ejercitaron las monjas en este trabajo. Guignes, prior de la gran Cartuja, decía en sus estatutos: «Inmortal es la obra del copista, la trascrición de los manuscritos es la tarea que más conviene á religiosos letrados;» y añade: «Enseñamos á leer á todos los que recibimos entre nosotros, por el anhelo que tenemos de conservar los libros como eterno pasto del alma.» A menudo solicitaban los monges el derecho de caza á fin de proporcionarse pieles para la encuadernación de los libros. Abbon, de San Benito junto al Loira, contaba más de cinco mil escolares y exigía dos volúmenes de cada uno de ellos. En 855, san Lupo, abad de Ferrières, envió á Italia dos monges para copiar el tratado *De oratore*; Alfredo el Grande hallaba tiempo para trascibir un gran número de obras. Boccaccio copió de su puño la *Divina comedia*, que regaló á Petrarca, y además un Tito Livio. Cuanto poseíamos de la antigüedad nos ha llegado casi exclusivamente por conducto de los monges. Habría, pues, tanta ingratitud como ruindad en lamentarse de que se complacieran en copiar á los santos Padres y las obras teológicas, con preferencia á los autores clásicos. Sea como quiera, no cabe duda en que de los escritores encomiados por más eminentes entre los antiguos, quizá no nos falta ninguno, y poseemos lo mejor que salió de sus plumas. Cierta es también que desde antes de la caída del imperio de Occidente, algunos de ellos se habían hecho ya muy raros: tal fué Aristóteles, por ejemplo, de cuyas obras quedó un ejemplar únicamente (3); tal fué asimismo Tito Livio y otros varios. Se consideraba como un trabajo muy meritorio hacer de ellos extractos y compendios, á ejemplo de Floro, de Justino, de Plinio, de Constantino Porfirógénito y de otros compiladores; pero la facilidad que proporcionaba este género de obras tuvo por efecto que se cuidara menos de los originales, de que se había sacado lo bueno y más escelente: de aquí resultó que se perdieron muchos de ellos.

(3) Véase la nota 33.^a del Cap. XXII del Libro III.

Así, pues, la ruina de los autores clásicos empezó mucho antes de los bárbaros, quienes con sus guerras y sus incendios aumentaron el número de estas pérdidas: luego el celo de ciertos sacerdotes por las buenas costumbres que dejó á otros condenar, les indujo á aniquilar algunas obras escandalosas é inmorales. Era difícil traer papiro de Egipto, y después fué de todo punto imposible cuando los árabes ocuparon aquel territorio. El pergamino, cuyo precio era muy subido, se encareció entonces escesivamente (4). Entonces se recurrió á un expediente conocido por los antiguos, y fué el de borrar los caracteres anteriormente trazados, para sustituirlos con otros nuevos (5). Un buen monge, para quien un antifonario, una colección de oraciones, un tratado de la confesión, tenían estrema importancia, no vacilaba en proporcionarse pergamino, y en borrar de allí ora la *República* de Ciceron, ora el Código Teodosiano, para escribir otras cosas, y esto con tanto derecho como el que nos asiste para hacer lo contrario.

Notas.—Servíanse los antiguos de letras mayúsculas sin puntuación; posteriormente la necesidad de ir más de prisa les hizo achicarlas, lo cual produjo el carácter minúsculo. Por la misma razón se introdujeron ciertas abreviaturas ó notas (6), cuyo número ascendió hasta cinco mil, y por su medio podían los *notarios* seguir el discurso del orador, por muy rápido que fuera. Empleáronse los notarios en un principio en recoger las decisiones del senado y de las asambleas públicas, ó la última voluntad de los moribundos. Luego el título de notario designó á todo el que tenía por oficio poner por escrito cualquiera determinación que interesara á la fe pública. Sin embargo, los verdaderos caracteres

(4) Se continuó escribiendo las actas públicas en papiro mientras lo hubo. La más antigua acta en pergamino que existe en Italia es la de 784, por la cual Felix, obispo de Luca, confirma al monasterio de San Fridiano de esta ciudad la donación de Faulon.

(5) Se les llama palimpsestos (*πάλιν ψηφιστός, raspados de nuevo*). En el tomo III hemos hecho ver que entre los antiguos había esta costumbre. El primer palimpsesto fué descubierto en Francia en la Biblioteca del Rey en 1692: era un manuscrito de las obras de San Efrén.

(6) Plutarco (*in Cat.*) atribuye á Ciceron la invención de ellas en la época de la conjuración de Catilina. Escribiendo Ciceron á Atico, libro XIII, le dice: «Quizá no habrás entendido esta cosa porque se hallaba escrita *διὰ σημείων* por signos.» Otros presentan como autor de ellas á Tiron, su liberto, lo cual hizo que recibieran el nombre de *notas tironianas*, y Dion Casio asegura que Mecenas las hizo publicar por Aquila, su liberto. Entre los más célebres taquígrafos antiguos se cuentan Perunio, Pilargio, Pannio y finalmente Séneca. San Cipriano añadió á aquellas notas otros signos, acomodándolo todo al uso de la religión. Prudencio dice en el himno de san Casiano:

*Verba notis brevibus comprehendere cuncta peritus,
Raptimque punctis dicta prapetibus sequi.*

Orígenes, san Agustín, san Gerónimo hablan de los taquígrafos.

taquígrafos cayeron en el olvido hasta tal punto, que un salterio escrito de este modo, encontrado por Tritemio en Estrasburgo, fué registrado en el catálogo como salterio en lengua armenia.

Caractéres.—Ya en tiempo del Imperio los caractéres habían tomado en las inscripciones una forma oblonga y sin elegancia, como puede verse en los muros de Pompeya, en las cavernas de Roma, en las catacumbas cristianas y en las otras inscripciones que nos quedan de los tiempos oscuros. Sin embargo, se continuó empleando hasta el siglo XII las letras redondas, aunque desfiguradas; pero al mismo tiempo que el gusto gótico se introducía en la arquitectura, los caractéres contraían los contornos angulosos de las letras alemanas: luego se les cargó de perfiles y rasgos, uso que duró hasta fines del siglo XV en que cobró vida la buena caligrafía. Una gran variedad de caractéres nos ha sido indicada por su nomenclatura (7). Posteriormente en el año 1300 don Jacobo de Florencia, monje camaldulense, es citado como el mejor escritor en letras romanas que haya existido antes ni después, de tal manera, que su mano fué conservada en un tabernáculo.

Miniaturas.—Fray Silvestre no fué menos hábil en iluminar los libros, que Jacobo en copiarlos. El lujo de las miniaturas empezó en el curso del siglo IX, y su estudio es indispensable para los que quieran profundizar la historia de las artes, el cual hizo tantos progresos, que un libro vino á ser un resumen de todas las bellas artes; poesía y retórica para componerlo, caligrafía para copiarlo, pintura para iluminarlo con carmin, y azul de ultramar y oro, peletería para preparar su cubierta, cinceladura para adornarlo, orfebrería para engastar allí piedras, y por último, dorado para pulir los cortes. Y no se crea que esto fué solo lujo de los grandes: Daniel Merlac, escritor inglés del siglo XII, describe escolares ignorantes, que sentándose con grande aparato en las escuelas, hacían que se colocaran delante de ellos, sobre dos ó tres tablas, inmensos volúmenes todos brillantes de oro (8).

Precio de los libros.—Fácilmente se concibe que libros escritos á la mano y sobre una materia de tanto precio, debieron subir á enormes sumas. En las ciudades donde existían escuelas había copis-

tas. En el siglo XIII contaba Milan cincuenta de ellos: Paris y Orleans tuvieron hasta diez mil: más de seis mil Oxford, Cambridge y Londres; y sin embargo, apenas daban abasto á la afición creciente de continuo á los estudios y á las controversias. En 1334 prohibió la universidad de Bolonia á los escolares llevarse los libros fuera sin una autorización revestida con el sello de los ancianos, de los cónsules y de los defensores del haber (9). Varios de los catálogos que se hallaban de manifiesto en casa de los libreros, y las tarifas decretadas por las universidades, nos dan á conocer algunos de los precios (10); pero es imposible calcularlos de una manera precisa, en atención á que frecuentemente se aumentaban por las miniaturas.

Tantos libros dispersaron en Francia las devastaciones de los normandos, que Daunou (11) afirma que en el siglo XIII un libro en folio valía cuatrocientos ó quinientos francos de hoy. A las anécdotas conocidas referentes al precio de diversos libros añadamos otras que no lo son tanto. Inés, esposa de Godofredo, compró en el siglo XIII á un obispo llamado Martin una colección de homilias, que pagó en cien ovejas primero, además de un modio de trigo, uno de centeno y uno de miel; luego otras cien ovejas y después algunas pieles de martas, por último, cuatro libras en dinero (12). Godofredo de Saint-Léger, *clérigo librero*, en 1332, declara ante notario haber vendido, cedido, trasferido, bajo hipoteca de todos sus bienes, y bajo fianza hasta de su cuerpo, al señor Gerardo de Montaigu, por cuarenta libras parisies, el *Speculum*

(9) GHIRARDACCI, II, 117.

(10) El padre Sarti (*de Prof. Bonon*, p. II, pág. 214) ha publicado un catálogo de libros con el precio á que se vendían en Bolonia: *Lectura domini hostiensis* CLVI *quinterni taxati libr. II, sol. X*, etc., etc. Por copiar el *Inforniato* se pagaban veinte y dos libras de Bolonia, que valían dos florines de oro; por la Biblia ochenta. Un misal adornado con letras doradas y con pinturas costó en 1240 más de doscientos florines (*Ann. Camald.* vol. IV, pág. 384). Chevillier ha publicado otras tarifas. Una de 1303 dice lo siguiente:

		Sueldos.	Dineros.
Bruno in Mattheum,	páginas 57	1	»
id. in Marcum,	— 20	0	17
id. in Lucam,	— 47	3	6
id. in Johannem,	— 40	2	10

Un catálogo de la Sorbona, en 1202, cuenta mas de mil volúmenes, tasados todos juntos en 3,812 libras, 10 sueldos y 8 dineros. Son precios módicos; además un *Digestum vetus* fué vendido en Pisa por diez y seis libras (127 pesetas). En 1279 se copió en Bolonia una Biblia por 80 libras (435 pesetas). Esto es lo que hace decir á Savigny (*Historia del derecho romano*, c. XXV, párrafo 220) que los libros no costaban muy caros, salvo las miniaturas y las encuadernaciones.

(11) *Historia literaria de la Francia*, t. XVI, pág. 35.

(12) *Ann. Benedictini*, IV, pág. 475.

(7) En el catálogo de los libros dejados por el cardenal Guala de Bichieri al monasterio de San Andrés de Verceci, encontramos una biblioteca (es decir, una Biblia completa) en letras parisenses, cubierta de púrpura y adornada con flores de oro, con iniciales de oro igualmente: otra en letras boloñesas, cubierta con cuero rojo: una en letras inglesas: otra pequeña preciosa en letras parisenses, con mayúsculas de oro y adornos de color de púrpura: el Exodo y el Levítico en letras antiguas: los doce Profetas, en un tomo, en letras lombardas: las *Morales* del bienaventurado Gregorio, en buenas letras aretinas antiguas, etc. FAVA, *Gualte Bicherii card. vita*, pág. 175.

(8) Ap. VOOD, *Univ. Oxon.*, ad. 1189.

historiale in consuetudinibus parisiensibus (13). Hacia el año 1392, Alazasia de Blevis, baronesa alemana, legaba á su hija, á título de dote, ciertos libros que contenían el *Corpus juris* en hermosos caracteres, recomendándole que no se casara más que con un hombre de toga, capaz de apreciar aquel rico y magnífico tesoro (14). El obispo de Vence legó todos sus bienes á los canónigos de san Víctor de Marsella, á escepcion de un breviarío, cuyo valor debía ser empleado en la adquisición de buenas tierras. (15)

Este elevado precio se sostuvo todavía más tarde. Con efecto, Luis XI supo que la facultad de medicina de París poseía un escrito del médico árabe Rases; mandó al presidente Juan de Driesche que empeñara su plata para lograr que se sacara una copia de su texto, y Alfonso V de Aragón escribió desde Florencia á Antonio Pocatelli de Palermo, para informarle de que Poggio tenía en venta un Tito Livio por ciento y veinte escudos de oro: y Pocatelli vendió una alquería para comprar el manuscrito, y Poggio compró un dominio con el dinero que sacó de esta venta.

Bibliotecas.—De consiguiente las bibliotecas de la época debían ser muy poca cosa, y los reyes y los papas escaseaban tanto de libros, como un monacillo de nuestros días. Sin embargo, algunos habían podido reunirlos en número considerable. Cítanse con elogio las bibliotecas de San Mauricio en el Valés en 518: de Tours en 740: de Fontenelle en 756: de San Dionisio en 784: de la isla Barbe, cerca de Lion, poco tiempo después: de la abadía de Ferrieres en 850: de Prum, cerca de Tréveris y del capítulo de Lisieux en el mismo siglo: las de Cluny y del monte Casino son los más célebres que poseyeron las dos órdenes de San Benito y de Cluny. Se conservaban especialmente en Italia, y allí las buscaban las personas estudiosas; particularmente en Roma y en los conventos renombrados, como la Novalesa, la Cava. Halláronse los *aforismos* de Hipócrates en la abadía del Bec. Tichsen (16) ha dado á luz una carta del archivo Hildense, en que el obispo Brunon regala en 1153, por el bien de su alma, gran número de

(13) JACOBO DE BREUL, *Teatro de las antigüedades de París*.

(14) NOSTRADAMUS, *Crónica de Provenza*.

(15) Existe un inventario de los bienes del obispado de San Martín de Luca, en el VIII ó IX siglo. La biblioteca de este obispado consistía en: *Eptaticum vol. I.—Salomon vol. I.—Machabeorum vol. I.—Actus Apostolorum vol. I.—Prophetiarum vol. I.—Librum officiorum vol. I.—Dialogorum vol. I.—Vita. Ezechiel. vol. I.—Omeliarum vol. I.—Commentarium super Matthæum vol. I.—Commentarium aliud... vol. II.—Ordo ecclesiasticus vol. I.—Rationes Pauli vol. I.—Antiphonarium vol. II.—Psalterium vol. I.—Vita sancti Martini vol. I.—Vita sancti Laurentii cum memoria sancti Fridiani vol. I.*

(16) Memorias de la Academia de Gottinga, 852.

libros, ascéticos en su mayor parte. Después del siglo XII las bibliotecas empezaron á ser más numerosas. La de San Luis contaba unos mil trescientos volúmenes: la Sorbona poseía mil en 1292. Carlos V de Francia reunió una en el palacio del Louvre que contenía novecientos veinte manuscritos, la mayor parte *historiados* con hermosas pinturas. Ocupaba dos pisos de la gran torre; los libros encuadernados en madera y cubiertos de terciopelo ó de becerro estaban colocados horizontalmente en los estantes, y como eran grandes y pesados, se les ponía para leerlos en atriles giratorios de tres ó cuatro cuerpos. Gilles Malets, que fué su primer bibliotecario, nos ha dejado el catálogo de ellos. En 1419 fueron comprados por el duque de Beaufort, hermano de Enrique V de Inglaterra, por el precio de 1,200 libras esterlinas, luego rescatados en parte por Luis XI á costa de 2,420 escudos. En 1241 la abadía de Glastonbery tenía la biblioteca más importante de Inglaterra, compuesta de cuatrocientos volúmenes, entre los que había un Tito Livio, un Salustio, un Lucano, un Virgilio, un Claudiano. Decíase que una iglesia sin biblioteca era como una ciudadela sin municiones.

Son muy encomiadas las bibliotecas musulmanas; pero las relaciones que de ellas se han hecho se resienten de exageración oriental acaso. Vadiky, historiador de Bagdad al principio del siglo IX, necesitó ciento veinte camellos para trasportar la suya: el famoso visir Ibn Abad, á fines del siglo X, tenía ciento catorce mil volúmenes; el califa español Al-Mostanser al Hakem, en Córdoba, ciento catorce mil. En 1109 los cruzados quemaron la biblioteca de la academia de Trípoli en Siria, que constaba de tres millones de volúmenes; en 1183 Saladino, cuando tomó á Amid en Mesopotamia, regaló á su secretario la biblioteca compuesta de un millón y cuarenta mil volúmenes: un millón y cien mil contenía la de los últimos Fatimitas en el Cairo; el penúltimo califa abasida estableció en Bagdad un colegio, proveyéndole de 80,000 volúmenes, cuyo número creció en lo sucesivo hasta el punto de que cuando los mongoles tomaron aquella ciudad, formaron, arrojándolos al Tigris, un dique, por encima del cual se atravesaba el río á pie ó á caballo. Que lo crea quien quiera (17).

De todas partes se alzaban unánimes voces para lamentarse de la incorrección de las copias; incorrección que iba en aumento á medida que se generalizaba el gusto por la lectura. Petrarca clamaba: «¿Quién sugerirá un remedio eficaz á la

(17) Véase también á QUATREMÈRE, *Sobre la afición de los orientales á los libros*. La verdad es que hoy día hay poquísimos en Oriente, y según Fraehr, las bibliotecas de Constantinopla tienen 1,000 1,500 y á lo más 5,000 volúmenes; las dos del serrallo ascienden á 15,000; la de Tippu Saib, saqueada por los ingleses en 1799, poseía 2,000 manuscritos árabes, persas é indios.

ignorancia y á la vileza de los copistas que echan á perder y lo truncan todo?... No me quejo de la ortografía perdida hace ya mucho tiempo... Confundiendo estas gentes los originales y las copias, después de haber prometido una cosa, escriben otra del todo diferente, de tal manera, que no reconocéis lo mismo que habeis encargado. ¿Pensáis quizá que Ciceron, Tito Livio y otros ilustres antiguos, especialmente Plinio el Joven, entenderían por sí propios, haciéndose leer, si hoy resucitaran, sus propios escritos? ¿No los creerían más bien, vacilando á cada pasaje, unas veces obras ajenas, y otras obras de los bárbaros? Más lejos añade: «No hay freno ni ley para estos copistas elegidos sin exámen y sin prueba alguna; al par que semejante libertad no existe para los herreros, para los labradores, para los tejedores, para los demás artesanos.» (18)

Papel.—Cuando se reanimo la afición á los estudios, se conoció más vivamente la necesidad de alguna sustancia que pudiera suplir al papiro y al pergamino, y se encontró. Atribuyen los chinos al primer emperador de la dinastía de los Han, 202 años antes de Jesucristo, el honor de haber hallado el modo de hacer el papel de bambú, de paja, de capullos del gusano de seda, de corteza de morera, y hasta de trapo viejo molido. Su hermoso papel, que llamamos papel de seda, está hecho de la segunda corteza del bambú, y mientras nosotros aun no hemos podido igualarlo, ellos lo poseían hace mil años y daban al papel para los decretos imperiales aquel rojo vivo á cuyo lado la cochinilla parece empañada. La rareza de las comunicaciones fué causa de que no se divulgase este precioso descubrimiento. Sin embargo, penetró en los países dependientes del imperio chino, y principalmente entre los tártaros, que establecieron en Samarcanda una fábrica de papel, en que se empleaba el algodón crudo y mal molido. Eran desconocidas las pilas hidráulicas, y no se podían obtener más que hojas demasiado gruesas. Los árabes que tuvieron conocimiento de estas manufacturas en su expedición á Bucaria, las trasladaron á Septa y á Ceuta, desde donde pasaron á España con el cultivo del algodón. Los españoles cristianos adaptaron á ellas los molinos de agua, emplearon con preferencia el trapo viejo, é inventaron las rejillas para hacer que la pasta escurriera prontamente el agua. Las fábricas de Játiva, de Valencia, de Cataluña y de Toledo, suministraron á la España el primer papel con el nombre de *pergamino de paño* (19).

(18) *De rem utriusque fort.*, lib. I, dial. 43. Nicolás de Clemangis se quejaba de igual modo (Epistolas, t. II, 306): *Surrexerunt scriptores quos cursores vocant, qui rapido iuxta nomen cursu properantes, nec per membra curant orationem discernere, nec pleni aut imperfecti sensus notas apponere; sed in uno impetu, velut hi qui in stadio currunt... ut vix antequam ad metam veniant, pausam faciant...*

(19) El acta más antigua sobre papel de algodón en

No hay conformidad en la época en que se sustituyeron el lino y el cáñamo al algodón, y quizás no se llevan diferencia. Al formar Casiri el catálogo de la biblioteca del Escorial, advierte que la mayor parte de los libros están en papel de trapo, y los llama *chartaceos*, á diferencia de los papeles de piel y de los de seda. Ahora bien, en el número 787 cita los Aforismos de Hipócrates: *Codex anno Chr.: 1,100 chartaceus*, y no se detiene allí de otro modo, aunque éste sea el primer ejemplo; de donde se podría deducir que el papel de trapo ya estaba en uso antes del siglo XII. Pedro de Cluny, en su tratado contra los judíos, habla de los libros *ex pellibus arietum, hircorum vel vitulorum, sive ex biblis vel juncis orientalium paludum, aut ex rasuris veterum pannorum, seu ex alia qualibet forte viliori materia compactis*. El manuscrito más antiguo sobre papel de algodón, de fecha cierta que existe en la Biblioteca Real, en París, es de 1050, y sobre papel de lino, de 1308, aunque otros los han supuesto anteriores.

Hay quien sostiene que siempre el papel se hizo con retazos de telas, ya fuesen de lino ó de algodón. Sea como quiera Cortusio se engaña cuando refiere al año 1340 la invención del papel de lino, que llama papiro, á diferencia del papel de algodón (20). Y Pace de Fabriano, á quien se atribuye su mérito, no hizo quizá más que trasladar á Padua este género de manufactura, ya floreciente en Fabriano, en la Marca de Ancona. Otros han afirmado también sin el menor fundamento que la república de Florencia había otorgado grandes privilegios á los habitantes de Fabriano para determinarlos á que establecieran fábricas de papel en Colle di Val d'Elsa, donde en un documento de 6 de marzo de 1377, se lee que alquiló por veinte años una cascada á Miguel de Calo, de Colle, con canal, habitación, y *gualcheriam ad faciendas cartas*, la cual estaba alquilada anteriormente á Bartolomé de Angel de la Villa (21).

Italia es de 1145: hizo en Sicilia; contiene concesiones del rey Roger II al abad de San Felipe de Fragola. El diploma en griego, de 1192, que existe en los archivos de Reformaciones de Florencia, y por el cual el emperador Isaac el Angel admite á los pisanos á la paz con las tierras de Rumania, está en papel de algodón.

(20) En 1340 se hicieron la multitud de todos los santos y el taller de paños, lanas y papel de papiro: de cuyo trabajo de papel de papiro, el primer inventor de Padua y de Treviso, fué Pace de Fabriano, que por la salubridad de las aguas residió la mayor parte de su vida en Treviso. En 1318 promete un notario no otorgar actas en papel de algodón ni hojas en que se hubiera raspado otras escrituras. En 1331 se compromete otro notario á no escribir en dicho papel ni en el papiro. El senado veneciano decretó en 1336, que por bien del arte del papel que se hace en Treviso, y que es de gran utilidad á nuestro concejo, no se puedan llevar de ningún modo trapo para papel (*stratie á cartis*), de Venecia á otras partes más que á Treviso.

(21) En el Arch. Dipl. de Florencia, documentos del concejo de Colle, ap. REPETTI.